



EL CAUTIVO DE GERONA.

Nueva relacion, y copia de una carta que escribió un hijo á su padre, en que le daba á entender los tormentos que pasaba en su cautiverio en la ciudad de Argel, como lo verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Permítame el cielo divino,
dulce padre de mi vida,
de que llegue á vuestras manos
esta triste carta mia.
Por ella, padre, sabreis
el tormento y la fatiga,
congoja, pena y dolor
que padezco noche y dia,
no cesando de llorar,

el alma siempre afligida,
triste el corazon, y lleno
de angustia y melancolia,
sin que encuentre otro recurso
en esta miseria mia,
que clamar á Dios del cielo,
que su bondad infinita
tome en descuento estas penas
de las que yo merecia.

En una oscura mazmorra
 me tienen sin compañía,
 con unos cuadrados grillos
 que las piernas me lastiman;
 una cadena pesada
 al cuello tengo oprimida,
 que por el suelo me arrastra,
 y todo el cuerpo me liga.
 De noche no hallo descanso,
 echado en la tierra fria,
 sin tener con que abrigarme;
 y el corazon me lastima
 el recuerdo del regalo
 que en vuestra casa tenia,
 y conservar no supe:
 y el alma se halla afligida
 al verme en tales trabajos,
 temiendo perder la vida
 desviado de mi patria
 y de amigos que me estiman.
 Perdí en fin mi libertad,
 y hoy estoy por mi desdicha
 preso y cautivo en Argel,
 porque así Dios lo queria,
 muy maltratado, señor,
 de aquesta gente enemiga.
 Es mi comer y beber
 solo una vez en el dia:
 una libra de pan prieto,
 sin mas vianda, me envian,
 y media azumbre de agua
 me dan, señor, por bebida.
 El moro que me la trae
 dobla mas las penas mias,
 porque de palabra y obra
 me ultraja con ignominia,
 sin darle motivo alguno:
 pues antes bien con sumisas
 razones se lo agradezco,

y aun con lágrimas vertidas.
 Padre mio, yo confieso,
 que toda la culpa es mia,
 y que es castigo del cielo
 aquesta fatal caída:
 Porque estando yo estudiando
 para ordenarme de misa,
 me casé sin tu licencia
 con la amada esposa mia.
 Y aunque estabas enojado,
 con la obediencia debida
 me entré, señor, en tu casa,
 y postrado de rodillas,
 mi esposa y yo te pedimos
 perdon de nuestra osadía.
 Pero vos enfurecido
 (permitidme que lo diga)
 nos echasteis á la calle
 á empellones y porvidas,
 diciendo que no haga caso
 de que tal padre tenia.
 Anegado en triste llanto
 me aparté de vuestra vista,
 regando las duras piedras
 y mis pálidas mejillas.
 Hallé asilo en un amigo,
 que casa me prevenia,
 donde poder albergarnos,
 esperando que algun dia
 os pasaria el enojo;
 pero no tuvo cabida
 la clemencia en vuestro pecho,
 por mucho que intercedian
 personas de algun carácter,
 á quienes yo recurría.
 Mi esposa me consolaba,
 diciéndome: esposo, mira,
 yo tengo allá en Tarragona
 una muy amada tia,

que mucho estimará al verte,
 porque no te conocia;
 vámonos, esposo, luego,
 que en su buena compañía
 viviremos sin quebranto,
 ni ver estas tiranías.
 Dudaba dejar mi esposa,
 y el amigo me ofrecia
 custodiarla, y de su hacienda
 dispusiera sin medida,
 pues sabia que era mucha,
 y era libre en repartirla.
 Yo quise primero ir solo,
 por ver si me convenia:
 tomé un caballo y cien pesos,
 y de Gerona salia
 un lunes por la mañana,
 y al otro siguiente dia,
 martes para mas desgracia,
 que en todo me perseguia,
 al encuentro me salieron,
 cubiertos con mascarillas,
 seis furiosos vandoleros
 armados con carabinas.
 Me ataron de pies y manos
 al pie de una verde oliva:
 se llevaron el caballo
 y el dinero que traía;
 solamente me dejaron
 la ropa que me cubria.
 Mas un pobre labrador,
 que á su cortijo venia,
 me desató, y luego al punto
 de Tarragona emprendia
 el camino, sin saberlo,
 y para mayor fatiga,
 para poder sustentarme,
 limosna, padre, pedia.
 Entré ya en algun recelo

por miedo de la justicia
 no me prendiese, juzgando
 ser malhechor ú homicida.
 En la ciudad de Manresa
 me sostuve algunos dias,
 y viéndome tan perdido,
 para mejorar de vida
 senté plaza de soldado
 de un tercio de infantería.
 Pasamos á Barcelona,
 plaza fuerte, ciudad rica;
 y una mañana, temprano,
 de la ciudad se veía
 una galera de turcos,
 que dando caza venia
 á otra galera pequeña,
 que española parecia.
 Salimos á socorrerla
 completas tres compañías,
 en un bergantin ligero;
 mas ya que cerca se veían,
 dimos vista á otra galera
 que era de su compañía:
 les presentamos batalla,
 se jugó la artillería,
 de la una y otra parte
 fue muy sangrienta y reñida:
 mueren ochenta cristianos,
 y mucha gente morisca;
 pero al cabo nos vencieron
 porque tuvieron mas dicha.
 Quedamos cautivos todos,
 y puestos en gran fatiga;
 pero en este mismo tiempo
 descubrimos que venian
 tres navíos genoveses
 que á socorrernos se alistan.
 Viendo los turcos aquesto,
 huyeron á toda prisa,

sin poder llevar la presa,
 luego se pierden de vista.
 Y en tan extraño suceso,
 ay qué dolor! qué fatiga!
 qué pena! qué sentimiento!
 solo yo por mi desdicha
 fui cautivo, porque el cielo
 así me lo disponia.
 Esto fue, porque á mí solo
 cuatro moros me cogian,
 pasándome á una galera
 por señal de su osadía.
 En fin dentro de seis horas
 me pusieron en Turquía,
 dentro la plaza de Argel,
 donde en venta me ponian.
 Me compró un gallardo moro,
 rico y de grande valía,
 y me presentó á una mora
 que tenia por amiga.
 Con cariño me trataba,
 y buen pasaje me hacia;
 pero se trocaron presto
 en oprovios sus caricias,
 porque estando un dia sola,
 de amores me requería.
 Me dijo que renegase
 de Dios y su ley divina,
 me casaria con ella
 y riquezas gozaria;
 pero yo muy claramente
 le dije que no queria
 olvidar mi santa ley,
 aunque perdiera mil vidas.
 Sintiendo mucho el desaire,
 con diabólica malicia
 le dijo al moro, su amante,

como yo la perseguía.
 El moro que a questo oyó,
 en un jardin que tenia
 me ató con una cadena
 contra un árbol, y en tres dias
 no me dió á comer vocado,
 y á la mazmorra me envia,
 adonde estoy padeciendo
 mil tormentos y desdichas.
 Ruégote, padre y señor,
 mireis por la esposa mia,
 vos la querais consolar,
 que ya para mí su vista
 será, padre, cuando llegue
 del mundo el último dia.
 No quiero cansarte mas:
 tu hijo que mas te estima,
 y que mas desea verte,
 Lucas Perez de Susvilla.
 Dió la carta á una muger
 que estaba en Argel cautiva,
 y por su fortuna á España
 venia ya redimida.
 Esta le ofreció llevarla,
 y al instante dirigirla
 á Gerona, y en efecto
 lo cumplió como ofrecia:
 la envió por el correo
 y vino á llegar con dicha.
 Recibió el padre la carta,
 y conocida la firma,
 aunque era cosa muy propia
 que le causase alegría
 saber que el hijo era vivo,
 con gran pena la leía;
 y se dirá en otra parte
 la respuesta que le envia.

SEGUNDA PARTE.

Respuesta que envió el padre á su hijo, consolándole en sus trabajos y miserias, y de la forma con que fue rescatado.

Dije en la primera parte, discreto auditorio mio, como recibió la carta de aquel desgraciado hijo, el padre, dentro en Gerona, y habiendo reconocido la firma, lleno de pena pasó á ver lo contenido en los míseros renglones con mil ansias y suspiros. Leyóla con muchas pausas para darles buen sentido á las tristes espresiones de su muy querido hijo, que como escritas de prisa, y con no buenos aliños, ni papel correspondiente, decifrarla era preciso. Y apenas hubo acabado, hechos sus ojos dos rios, rompiendo con tiernas ansias en desenfrenados gritos la vaga region del aire, estas palabras ha dicho: ay hijo del alma mía! ay dulce consuelo mio!

pedazo del corazon, y de mis penas alivio! A dónde estás, prenda amada, que el corazon me has partido! Qué desdicha ha sido esta! Qué es lo que me ha sucedido! Ya se acabó mi alegría, pues por mi mal he perdido solo un hijo que tenia, de mi vejéz para alivio; mas yo me tengo la culpa, pague la pena yo mismo. Ay desventurado padre! ay triste viejo afligido! quién podrá darte consuelo en un dolor tan crecido! hay hombre mas desdichado! oh quién no hubiera nacido! Ay torpe lengua maldita, que tú misma has prorumpido la sentencia de tu muerte en la de aquel pobrecito! Mas ay Jesus! qué es aquesto! á vos apelo, Dios mio: misericordia, Señor, de estos tristes afligidos;

mirad que el uno padece
 sin culpa grandes martirios,
 y este siente sus congojas
 porque la culpa ha tenido.
 Mas ya arrepentido lloro,
 y os suplico, Padre mio,
 lo saqueis del cautiverio
 en que se halla oprimido;
 no permitais que padezca
 entre vuestros enemigos.
 Dió fin á su peticion,
 suspendiendo sus gemidos,
 porque entró su amada esposa,
 que apenas la carta vido,
 y se enteró del contesto
 deplorable y espresivo,
 las piedras enternecia
 entre quejas y suspiros;
 y mientras que de rodillas
 á los pies de un Crucifijo
 en lágrimas se deshace,
 pidiendo su esposo á gritos;
 tomó el venerable anciano
 la pluma, y enternecido
 aquesta breve respuesta
 notó con discreto estilo.
 Recibí las tristes letras
 de tus manos, hijo mio,
 y fue tanta la tristeza
 con que por ellas me aflijo,
 que no sé como del pecho
 el corazon no ha salido
 á publicar mi dolor
 y mis tiranos delitos;
 pues por mi culpa padeces
 tormentos tan nunca vistos,
 como los que en estas letras
 me notificas tu mismo.
 Hijo, yo tengo la culpa,

y yo solo he merecido
 los castigos que te afligen;
 pero ya es fuerza decirlo,
 para que tengas paciencia,
 y lleves por Jesucristo
 los trabajos que te aguardan,
 porque han de ser muy crecidos
 si el cielo no lo remedia
 con su poder infinito.
 Has de saber, hijo amado,
 que yo, al ver que inadvertido
 olvidaste los estudios,
 que por el mandato mio
 seguías, para cantar
 misa (con ansia lo digo)
 casándote sin mi gusto,
 al saberlo, enfurecido,
 postrándome de rodillas
 á los pies de Jesucristo,
 contra ti esta maldicion
 fulminé (tormento impío!):
 Permitid, Jesus sagrado,
 que este inobediente hijo,
 que tal disgusto me ha dado,
 se vea en Argel cautivo
 en poder de un fiero moro,
 que como verdugo impío
 á todas horas maltrate
 su cuerpo con mil castigos,
 que por sus manos me vengue
 con rigores escesivos.
 Mi torpe lengua enojada
 de esta suerte te maldijo;
 harto lo siento, y me pesa
 de lo hecho y de lo dicho.
 Mas yo te doy mi palabra
 de pedir á Dios divino
 con suspiros y oraciones,
 con ayunos y cilicios

que revoque la sentencia:
 y en su Magestad confio
 que querrá favorecerme
 y otorgar lo que le pido,
 pues sé que se agrada mucho
 de un corazon compungido.
 Y asi, hijo de mi vida,
 tener paciencia es preciso,
 hasta que su Magestad
 se sirva de darte alivio.
 No desmayes en la fé,
 pelea contra los vicios,
 para que Dios apiadado
 te saque de estos conflictos.
 En cuanto á tu amada esposa
 ya la tengo yo conmigo:
 no tengas por eso pena,
 que ella siente tus martirios,
 y anegada en tiernas ansias,
 sus dos ojos son dos rios,
 rogando á Dios que te saque
 de congojas y peligros.
 Y con esto Dios te guarde
 para ser consuelo mio.
 Fecha en Gerona y Setiembre,
 á tres. El que con cariño
 y de corazon te estima
 es tu padre Don Francisco
 de Susvilla. Y por el Consul
 de Barcelona ha tenido
 proporcion de remitirla;
 y apenas la ha recibido,
 leyendo lo que decia,
 con mas pena enternecido,
 pide á Dios misericordia,
 que la use compasivo
 con quien su ley sacrosanta
 venera y sigue rendido.
 Con ocasion oportuna

otra carta ha remitido,
 pidiendo á su dulce esposa
 se duela de su conflicto,
 y haga por él lo que pueda
 que le será agradecido.
 Recibida aquesta carta
 fue el sentimiento mas vivo,
 contemplando del esposo
 las penas y los conflictos,
 y enternecida, al instante
 sus alhajas ha vendido.
 Procuró algunas limosnas
 de parientes y de amigos,
 escribiendo á varias partes,
 esponiendo por motivo
 que queria ir en persona
 en prueba de su cariño.
 Y pidiendo entre los nobles
 de su pueblo, compasivos
 le dieron hasta mil pesos;
 y su padre que esto vido,
 le dió otros mil, y en un barco
 desde Barcelona ha ido
 con los Padres Redentores,
 y cuando en Argel se vido,
 se informó quien era el amo:
 y hablóle sobre el partido
 que queria que se hiciese,
 por dar libre aquel cautivo,
 diciendo que era su esposa;
 mas el moro enfurecido,
 al ver su esposa presente,
 para darle mas castigo,
 por no venderlo, pedia
 un precio muy escesivo.
 En mil y quinientos pesos
 los Padres de San Francisco
 lo ajustaron, porque al Rey
 humildes se lo han pedido,

y el Bey mandó que lo diera.
 Y en rescate concedido,
 con gran gusto y alegría
 para España se ha partido,
 con otros muchos cristianos
 que los Padres han traído;
 y con favorable viento
 surcan el mar cristalino
 las erizadas espumas,
 juntos el padre y el hijo
 se vieron en Barcelona,
 y todos reconocidos
 rindieron á Dios mil gracias
 por el favor recibido;
 y á su muy amada esposa
 agradecimientos dignos,
 con mil honrosos aplausos,
 por un hecho tan invicto.
 Tomen ejemplo los padres,
 no maldigan á sus hijos,
 pues suele el cielo á sus voces
 mostrarse muy vengativo,

y permitir se padezca
 lo que despues es preciso
 reclamar que alce la mano
 por huir del esterminio.
 Adviertan asi igualmente,
 que si obedientes los hijos
 no se portan con los padres,
 é incitan á un desatino,
 ellos serán solamente
 los que serán afligidos,
 padeciendo vituperios,
 sobresaltos y conflictos,
 que no podrán aliviarse
 con lágrimas y suspiros.
 Y las mugeres aprendan
 á mirar por sus maridos,
 pues si en opresion se hallan,
 los riesgos y los peligros
 han de atropellar briosas,
 proporcionando su alivio.
 Y el poeta humilde pide
 perdon de lo mal escrito.

F I N.

VALENCIA.

Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería núm. 18, donde se
 hallará con otros diferentes.